



D. Emilio Fernández Galiano.

# BOLETIN

DE LA

## REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

---

AÑO XLII.-TOMO XXXIII.-MAYO-AGOSTO 1953.-CUAD. CXXXIX

---

### D. Emilio Fernández Galiano

---

SEÑORES ACADÉMICOS:

Ha transcurrido tan poco tiempo desde aquella tarde de marzo de 1948, fecha de la recepción en esta Casa de D. Emilio Fernández Galiano, que aún perdura en todos nosotros la impresión del entusiasta elogio que de sus méritos y virtudes hizo el también finado D. Angel. González Palencia.

Sería doblemente inútil el volver sobre esos méritos y virtudes ahora, porque, en verdad, nos los recordaba cada día la actividad ejemplar de nuestro querido compañero. Y sobre todo, porque en esta postrer despedida que por mediación mía le dedica la Real Academia, cuando ya su figura se aleja hacia el rango definitivo, en que todos, los grandes y los humildes, hemos de quedar catalogados ante la posteridad, nosotros, que tantos motivos teníamos para conocerle bien, hemos de considerarle, no con la lente del crítico que valora uno a uno los detalles de su obra mortal, sino con la amplia y generosa mirada con que debemos recoger, del espíritu de cada hombre ilustre, su gran lección, el perfil entrañable

de su vida creadora, es decir, lo que el tiempo, por largo que sea, ya no puede modificar.

Admirable fué, en efecto, la obra escrita de Fernández Galiano, llena de datos nuevos y de claras y maduras enseñanzas. Alguna, como su *Compendio de Biología General*, en permanente trance de reedición y depuración, supone una intensidad pedagógica difícil de superar. Pero el secreto de su singular y eficaz personalidad hay que buscarlo en las tres grandes facetas que le dan carácter inconfundible, la de naturalista, la de maestro y la de hombre de bien.

Fué Fernández Galiano un gran naturalista. Sus primeros pasos de investigador, al lado de Cajal, le dieron este don y esta categoría. Nadie discute la excepcional autoridad que como naturalista conquistó. Y pronuncio con particular entusiasmo esta palabra, *naturalista*, porque es la expresión de una de las formas más puras y respetables de la ciencia actual.

No gusto de lamentarme de las desdichas de nuestro tiempo, porque no creo en ellas. Pero este racional optimismo que inútilmente tratan de enturbiar las tétricas frases hechas de los agoreros de la calle, es compatible con el reconocimiento de los inconvenientes, y a veces de las catástrofes, que la mayor parte de los progresos de la humanidad llevan consigo. Y una de estas catástrofes es la prostitución de muchas de las actividades de la ciencia. Los que cultivan la ciencia debieran ser quienes más se parecieran a los sacerdotes, porque su fin es la verdad y ésta, por nimia que sea, reluce siempre con un reflejo directo de Dios. Mas para una parte, desdichadamente extensa, de los hombres de ciencia, la conquista de la verdad es hoy un pretexto, cuando no una vulgar tercería, para los fines menos respetables. No cuento entre ellos el de convertir la actividad científica en legítimo medio de lucro. El

sabio pobre es hoy una quimera; porque toda investigación, hasta la más especulativa, cuesta, en la actualidad, cara. Además, hay que superar la necia maldición que los decenios pasados lanzaron sobre lo más respetable de la vida colectiva, que es la burguesía, sobre el noble afán de crearse un bienestar material con el propio esfuerzo y de no poner a ese posible bienestar otros límites que los que impone la caridad. La riqueza creada, aunque parece que se crea para que la disfrute su creador, a la postre es el bien de que gozan todos los demás.

Lo malo es cuando el divino instrumento de la ciencia se aplica, por ejemplo, a inventar medios de destrucción como explosivos o gases letales, para aniquilar a los que se llaman, impiamente, el "enemigo", o drogas para hacer confesarse culpables a los inocentes; o, en fin, teorías que perturban inútilmente la paz de las moradas íntimas de la conciencia. Muchos de los adelantos de la química, de la física, de la mecánica, de la medicina, tienen, por desdicha, un siniestro reverso antihumano; y en ese reverso no es raro encontrar la efigie de hombres geniales, acaso laureados por el premio Nóbel.

De este triste balance queda a salvo el naturalista. El naturalista busca la verdad creada y escondida, por el puro e inefable afán de conocerla. Jamás para utilizarla de otro modo que como fruición y como instrumento de un nuevo avance del saber. Todo lo que el sabio descubre está ya creado. Mas el hallazgo del naturalista tiene la grandeza y la fragancia de la obra modelada definitivamente por el divino pulgar; y su contacto hace al hombre irrevocablemente mejor. Cuando leemos a un gran botánico, a un gran geólogo, a un gran biólogo general, nos sentimos más claros y más serenos. Y es esto tan verdad que a algunos hombres angustiados por la vida les he solido recetar, con excelente resultado,

si eran inteligentes, la lectura asidua de unos capítulos de Linneo o de la *Introducción a la Experimentación* de Claudio Bernard.

Se ha discutido mucho, con más pasión que conocimiento por uno y otro bando, el valor de la ciencia española. Y en esta polémica se ha dado a la ciencia, y concretamente a la ciencia experimental, con criterio un tanto rústico, un valor excesivo en la categoría espiritual. Remedando una frase de Ortega pudiéramos decir que la humanidad vive bajo el terrorismo de la experimentación. La verdad es que hay otras cosas además de la experimentación; y de mucha más importancia. Y una de ellas es la contemplación activa, la interpretación, la definición y la clasificación de lo creado, es decir, la actividad y la ciencia del naturalista. Y en esta actividad, la tradición de España es admirable. Fernández Galiano está por derecho propio en esta gran categoría del pensamiento español, menos conocida de las gentes, porque la ha deslumbrado la gloria de nuestra prodigiosa creación literaria y artística; pero viva y actuante, lo mismo en las horas de paz, tan raras, como en las de continuo guerrear de nuestro pueblo, incluyendo la epopeya americana, uno de cuyos inmarcables fulgores es la obra de nuestros naturalistas, vanamente discutida por los resentidos, pero, por ser como fué, y por cómo se hizo, prodigiosa.

A su condición de excelente naturalista unió Fernández Galiano la de gran maestro. Tardará en borrarse su huella, en la Universidad y en el Museo de Historia Natural, que es uno de los santuarios representativos de nuestra cultura. En el recinto de esta Academia no es preciso encarecer el rango de Fernández Galiano como maestro, pues cada día nos lo demostraba en la revisión de las voces relacionadas con sus disciplinas, para nuestro Diccionario. Magnífica es la obra que representan los centenares

de definiciones que deja preparadas para las ediciones próximas. Y debemos reflexionar ahora que si hubieran de representarse y aquilatarse las dotes de un maestro en un símbolo, ninguno sería más exacto que la definición. Se puede ser maestro desde diferentes puntos de vista, con mucha o con no demasiada erudición, con elocuencia o sin ella, con rigor o con dulzura. Lo que nunca le puede faltar es el sentido de ver con claridad automática el esquema fundamental de cada problema y el arte de reducir este esquema a unas pocas palabras, tan exactas y tan claras que parezcan al lector insustituibles. Pues bien, esa intuición del núcleo representativo de las cosas y ese arte de acoplarle a su expresión escueta, es la definición. Por muy leído y muy brillante que sea un profesor, si no sabe definir, es más que dudoso que sea un maestro. En este toque está, precisamente, uno de los rasgos que separan, que impiden confundir, como por ligereza de vocablos suele hacerse todos los días, al maestro y al profesor. El maestro puede haber disertado con premiosidad y sin arte; pero al terminar, el que le ha oído, sabe y ya no olvida tres, dos, quizá una sola noción terminante y límpida; y esta noción, encerrada en unas palabras que ajustan entre sí como las ruedas dentadas de un aparato de precisión. Y eso, que es definir, es lo que falta con frecuencia en el que no es maestro y sí, sólo, profesor, aunque arrebate a sus oyentes.

Una definición de tres líneas puede exigir más tiempo y, sobre todo, mayor y más rigurosa disciplina del entendimiento, que un libro entero, aunque esté lleno de datos y de inspiración. Definir, que es también clasificar, es la más difícil de las tareas científicas. Una clasificación definitiva, como la de Linneo, es más eficaz para el progreso de una ciencia que una serie de descubrimientos si son, simplemente, hechos sin conexión y sin profundidad significativa.

Un sistema genial, es decir, una magna definición nos hace conocer el firmamento mucho más que el hallazgo de cien estrellas.

No huelga este elogio de la definición aquí, donde cada semana se dedican unos minutos, que siempre he creído cortos, a la alta y trascendente tarea de definir, que no es crear y pulir palabras, sino conceptos. Se llama nuestra Academia "de la Lengua"; pero, exactamente por su misión de definir, es la más genuina Academia del espíritu y la que limpia, fija y hace resplandecer, más que los vocablos, como creen los de fuera y a veces los de dentro, las ideas. De aquí el que todos nosotros, un tanto desencantados de las vanaglorias, porque no en vano hemos dejado la juventud a la espalda, sintamos, acaso sin darnos cuenta, el secreto orgullo de ser académicos de esta Academia; quiero decir esa noble forma de orgullo que da la conciencia de una grave responsabilidad y que separa radicalmente el grave orgullo de la vanidosa fruición.

Hemos de reconocer de nuevo, en esta hora triste, lo que tantas veces nos decíamos aquí, cuando Fernández Galiano se sentaba en torno de nuestra mesa: que pocos le igualaron en la suprema maestría del definir, de esa realización perfecta del definir, cuya alta categoría se expresa, mejor que de ningún otro modo, por la imposibilidad de calificarla con otros adjetivos que el de *definición buena* o *definición mala*. Si es simplemente buena, es ya perfecta. Si es buena a medias, ya no sirve y hay que buscar otra mejor. Y de éstas, de las perfectas, eran todas las que Fernández Galiano nos leía con su voz reposada y el gesto de su mano —el gesto de su mano, con perdón de la Academia— animado de un dogmatismo magistral. Cuando se define bien, está permitido hasta el dogmatismo.

Por virtud de la gran tradición española de na-

turalistas, las voces de este orden de disciplinas tuvieron siempre en nuestro Diccionario una gran extensión y una gran categoría; siempre, desde su edición primera, en la que intervinieron, con los hombres de ciencia un tanto demasiado solemnes, que formaron parte de su Junta inicial, otras gentes de fuera, tan sabias y de mayor frescura y libertad que los académicos, como los colaboradores del Padre Feijóo, el cual fué antes que nada naturalista y cuya imagen preside con rigurosa justicia nuestra biblioteca. Entre esos colaboradores estaba el Padre Sarmiento, de portentosa información libresca, pero, sobre todo, de información directa y viva, recogida en su insaciable contacto con las cosas; y estaba también el máximo hombre de ciencia de aquella centuria, Gaspar Casal, el autor de la insigne *Historia Natural de Asturias*. La huella de los tres perdura en las magníficas definiciones de nuestro libro fundamental y apenas han podido retocarse.

Sí, en cambio, ha sido necesario añadir no pocas definiciones nuevas, porque la Biología ha crecido con ímpetu desconcertante. Y hay que reconocer que no siempre tuvieron estas disciplinas representantes adecuados en la Academia, durante el siglo XIX, demasiado imbuído por la absurda idea de equiparar, casi, la Lengua con la Literatura. Sólo el progreso de los últimos años nos ha enseñado con abrumadora evidencia que la literatura pura, aquí y en todas partes, es, científicamente, casi una vía muerta; y que es por el lado de la ciencia y también, aunque menos, por el de la técnica —que no son la misma cosa, aunque se confunden— por donde se han de nutrir y acrecentar los idiomas, absorbiendo, cada día más, la atención de los encargados de velar por su auge y su pureza.

La promoción académica anterior a la nuestra tuvo un gran naturalista en D. Ignacio Bolívar, de



nobilísima memoria. Fernández Galiano fué su digno y eficaz continuador. Una tarde, al terminar nuestro inolvidable compañero la lectura de sus definiciones magistrales, oí murmurar con incontenido entusiasmo a D. Julio Casares, maestro indiscutible en el arte difícilísimo que comento: "todo esto es oro puro". Y tenía razón. El paso de Fernández Galiano por la Real Academia de la Lengua apenas ha durado cuatro años, pero ha dejado un rastro de oro puro en las columnas de su Diccionario; un rastro de oro que brilla más por lo mismo que, para el lector corriente, no lleva una firma al pie. El sentido anónimo y, por lo tanto, desinteresado de esa destilación de la sabiduría de muchas generaciones, es lo que da su rango a nuestra obra. Pero aquí, entre nosotros, quede consignado, con nuestra admiración, el nombre del maestro.

Mas el maestro no lo es nunca del todo si no es un hombre ejemplar. Antes decía que eran dos las condiciones que separan a un simple profesor, esto es, el que profesa y enseña una materia, del maestro que es mucho más que esto; que puede, quizá, enseñar pocas cosas, pero enseña a aprenderlas todas, lo cual es lo típico de la sabiduría. Pero la sabiduría no consiste sólo en saber cosas y en saber enseñarlas, ni en enseñar a definir las, sino en hacerlas indelebles gracias a un ejemplo permanente, sin desmayo y sin tacha, de amor y rectitud. Con esto, que no es sólo talento, sino mucho más, se nace, como se nace con una talla determinada o con los ojos de este o del otro color.

Tampoco tengo que esforzarme en demostrar que Fernández Galiano tuvo esta ejemplar contextura humana que completaba su figura de maestro. Nadie recordará de él, en su medio universitario, en los cargos que hubo de ejercer, en su vida íntima, más que rasgos de una perfecta bondad. Tenía demasiada-

dos méritos para ser vano y toda su vida fué, como aquí la vimos, la imagen de esa actitud tan útil a los demás hombres, que yo llamo el *recato eficaz*. En las horas de los fuegos artificiales estos varones parecen no existir. Mas en las horas grises y largas del trabajo creador, el surco más profundo es el que ellos, sencilla y templadamente, van dejando detrás.

Y tuvo, para terminar, como suele ocurrir en estos claros maestros, la dignidad y la compostura supremas ante la muerte. La vió venir desde lejos y a plazo fijo; y no hizo a nadie partícipe de su patética conciencia de la aproximación de lo inevitable. Rehuía animosamente hasta el interés angustiado de sus amigos. Dicen, y yo lo creo, que sus propios sufrimientos, cada uno de los cuales era un paso más hacia el cercano fin, los anotaba, para su solo y estoico conocimiento, en un librito del que, únicamente después de morir, han tenido noticia sus familiares. Aquí mismo, su sonrisa bondadosa y su copiosa sabiduría estuvieron abiertas de par en par, disimulando la implacable congoja, hasta unas horas antes de morir.

De este hombre, cristiano ejemplar y por ello recatado, de este gran sabio y por ello generoso de su sabiduría, de este admirable maestro, el mejor elogio que se me ocurre es que a mí, que cuando me he sentido tentado de la vanidad me llamo también naturalista, oyéndole a él, más de una vez, me subían a los labios estas palabras que ahora repito: yo hubiera querido ser así.

G. MARAÑÓN.

